



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 12

CT 119 ECLESIOLOGÍA Y

PNEUMATOLOGÍA

Tamayo Acosta, Juan José. “Claves para la reflexión”. En *Hacia la comunidad 2. Iglesia profética, Iglesia de los pobres*, 40-57. Madrid: Trotta, 1994.

2. CLAVES PARA LA REFLEXION

Las comunidades continúan la causa de Jesús en medio del pluralismo

Toda institución tiende generalmente a la uniformidad de sus miembros, al rigorismo en las pautas de comportamiento, a la estabilidad en su estructura y a organizarse jerárquicamente. También la Iglesia cristiana desembocó en el uniformismo y se lanzó por la pendiente de la desmedida institucionalización. Uniformismo y abusiva institucionalización que han dificultado históricamente —y siguen haciéndolo hoy de manera muy acusada—, obstruido e incluso eliminado el clima de pluralismo y horizontalidad, que caracterizó el movimiento cristiano primitivo, que se respira hoy en las comunidades de base y que define las relaciones humanas en las sociedades democráticas.

La causa de Jesús no desaparece con su muerte; continúa en medio de dificultades y en ambientes con frecuencia hostiles. ¿Cómo? A través de diferentes comunidades cristianas puestas en marcha por los primeros seguidores de Jesús y testigos de su resurrección, que testimonian la fe en el resucitado con hechos y palabras. Son ellas las que prosiguen la causa de Jesús, reformulándola doctrinalmente y encarnándola comunitariamente de manera plural. La pluralidad de comunidades cristianas dentro del cristianismo primitivo es un dato hoy incontrovertible, que ha sido puesto de manifiesto por los investigadores del Nuevo Testamento. Dicha pluralidad se aprecia tanto en la organización como en la doctrina, en la práctica moral como en el terreno cultural, y responde a la diversidad de culturas, lugares y

momentos históricos. La unidad de la fe no se basa en la uniformidad, sino en la diversidad de experiencias, que con frecuencia da lugar a conflictos y tensiones, todos ellos necesarios («conviene que haya herejes», decía Pablo) en aras de la clarificación y de la originalidad del cristianismo.

El pluralismo es siempre expresión de la riqueza de lo real y, en el caso que nos ocupa, de la experiencia comunitaria de la fe, que no se agota en un único modelo cultural y/o eclesial. Constituye el mejor antídoto contra el fanatismo, el dogmatismo y el autoritarismo. Fomenta una cultura de la diferencia, del diálogo, de la tolerancia y de la convivencia en libertad.

Daríamos una falsa imagen del cristianismo primitivo si ofreciéramos una visión parcial del mismo, supervalorando unas tendencias y minusvalorando otras. Obviamente no todas responden con la misma fidelidad al mensaje y práctica liberadoras de Jesús de Nazaret. Más aún: hay algunas que, en su interpretación y comprensión de la fe, se alejan de la causa de Jesús o, al menos, la viven de manera inadecuada.

No podemos exponer en detalle todos y cada uno de los modelos comunitarios del cristianismo primitivo, porque nos extenderíamos excesivamente, pero sí esperamos ofrecer algunos de los más significativos de entonces, que puedan iluminar la realidad histórica actual. La lectura que de esos modelos hagamos estará condicionada por la realidad que estamos viviendo. Se impone, por tanto, una obligada labor hermenéutica. La lectura del pasado hay que hacerla desde el presente con la mirada puesta en el futuro.

El movimiento de Jesús se expande a través de círculos comunitarios y lo hace respetando las señas de identidad cultural. Veámoslo a continuación.

La comunidad judeo-creyente de Jerusalén

a) El judaísmo, marco religioso de la comunidad de Jerusalén

La primera experiencia que continúa la causa de Jesús, tras su muerte, es la que tiene lugar en la comunidad judeo-creyente —¡ojo, todavía no cristiana!— de Jerusalén, bajo la dirección de Pedro y Santiago. El marco religioso en que se desenvuelve la vida de esta comunidad es el *judaísmo*, en el que se encontraban integrados sin problemas los dirigentes.

Conocemos la primera fase, que es la constitutiva de la comunidad de Jerusalén, por el primer sumario que recoge el libro de Hechos de los Apóstoles:

Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y se les agregaron aquel día como tres mil almas. Eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles y en la comunidad de vida, en el partir el pan y en las oraciones. Pero los invadía a todos el temor ante las muchas señales y prodigios que realizaban los apóstoles. Todos los que iban creyendo abrigan el mismo propósito y lo tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y lo repartían entre todos según la necesidad de cada uno. A diario frecuentaban unánimes el templo; partían el pan en las casas, comían alabando a Dios con alegría y de todo corazón, y siendo bien vistos de todo el pueblo. El Señor les iba agregando a los que día a día se iban poniendo a salvo con el mismo propósito (Hch 2, 41-47).

El ideal de vida aquí diseñado —muy idealizado— estaba en continuidad con la experiencia religiosa judía, si bien introducía algún elemento nuevo. Los apóstoles enseñaban en el templo siguiendo la tradición judía; y la enseñanza era seguida por la comunidad conforme a la práctica de la comunidad judía. Lo mismo cabe decir de las oraciones o rezos oficiales, en las que eran perseverantes. La práctica de la comunidad de bienes respondía al modelo de la comunidad de Qumrán, tal como la describen Flavio Josefo y el documento qumránico *La regla de la comunidad*:

Todos los que se ofrecen voluntarios a su verdad traerán todo su conocimiento, sus fuerzas y sus riquezas a la comunidad de Dios para purificar su conocimiento en la verdad de los preceptos de Dios y ordenar sus fuerzas según sus caminos perfectos y todas sus riquezas según su consejo justo (1 QS 1, 11-13).

Los elementos nuevos son: el *bautismo* y la *fracción del pan* en las casas.

La vida de la comunidad es descrita más adelante de nuevo en un segundo sumario del libro de Hechos de los Apóstoles en los siguientes términos:

En la multitud de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo: nadie consideraba suyo nada de lo que tenía, sino que lo poseían todo en común. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor

Jesús con mucho vigor; todos ellos eran muy bien vistos, porque entre ellos no había ningún indigente, ya que los que poseían campos o casas las vendían, llevaban el producto de la venta, y lo ponían a disposición de los apóstoles; luego se distribuía según lo que necesitaba cada uno (Hch 5, 32-35).

Si el primer sumario recogía la fase constitutiva de la comunidad de Jerusalén, este segundo responde a la *fase manifiesta*, que ofrece algunas novedades y diferencias. Una diferencia es que ya no se hace referencia a la participación en el culto oficial del templo, como tampoco a la celebración eucarística en las casas. Las reuniones tienen lugar «en el pórtico de Salomón» (Hch 5, 12b). Otra es que son los apóstoles, y no la comunidad —como sucedía en el primer sumario—, quienes se encargan de administrar los bienes de la comunidad.

b) Dos mentalidades religiosas y culturales

La comunidad contaba con dos grupos de miembros: uno, inserto en la cultura judía; otro, vinculado a la tradición helenista. Las diferencias entre ambos grupos eran preferentemente culturales y, quizá también, económicas. Es posible que los helenistas gozaran de una situación económica más desahogada; de ahí que, cuando huyen de Jerusalén, la comunidad sufre una crisis económica profunda.

Los miembros del grupo más inmerso en la tradición judía iban a rezar asiduamente al templo, participaban en el culto oficial, eran fieles observantes de la ley, mantenían la práctica de la circuncisión y se mostraban puritanos respecto a la comida. El evangelio de Lucas afirma que «se pasaban el día en el templo bendiciendo a Dios» (Lc 24, 53). A partir de la experiencia de la resurrección se reconoce a Jesús como mesías conforme al ideal davídico veterotestamentario. Se produce así una considerable mutación en relación con las comunidades judías. Jesús deja de aparecer como un judío más, no es un hombre como los demás. El condenado y ejecutado ha sido constituido por Dios «Señor y Mesías» (Hch 2, 36).

Pronto se comienza a bautizar en nombre de Jesús como requisito para recibir el Espíritu. Se practica el banquete escatológico en el horizonte escatológico judío.

El grupo helenista procedente de la diáspora tenía una mentalidad más abierta y ecuménica. Se mostraba muy sensible

a la novedad del mensaje de Jesús y relativizaba la tradición judía.

Ambos grupos convivieron durante un tiempo sin problemas. Formaban un bloque compacto que tenía que hacer frente a y defenderse de la hostilidad de los saduceos. Pero cuando se resuelve el conflicto con las autoridades judías, comienzan los problemas en la comunidad y salen a la luz los conflictos, hasta entonces soterrados, entre el grupo judeo-creyente de habla aramea y el de lengua griega. Parece que los judeo-creyentes autóctonos echaban en cara a los helenistas su más que dudosa ortodoxia, al no mostrarse muy devotos de la ley y al tener una actitud receptiva hacia los paganos. Las diferencias culturales se prolongaban en las encontradas interpretaciones del judaísmo. Es posible —no seguro— que a estas diferencias haya que añadir la marginación de que eran objeto las viudas del grupo helenista, cuando, como acabamos de ver, parece que este grupo era el que más aportaba a la comunidad.

En el fondo del conflicto se encuentra un choque de mentalidades: una, más conservadora y continuista, que seguía apegada a las tradiciones judías y reconocía significación escatológica al templo de Jerusalén; otra, más rupturista y liberal, que cuestionaba el carácter salvífico de la ley y el templo como lugar oficial donde hubiera que dar culto a Dios.

Al final, el ala renovadora de la comunidad —la de habla griega— se independiza económicamente y establece su propia organización. A ello se refiere Hechos de los Apóstoles cuando da cuenta de la elección de siete varones, que se ponen al frente del grupo. Aun cuando Hechos de los Apóstoles restringe las funciones de estos varones al servicio a las mesas, en realidad realizan funciones similares a las de los apóstoles.

A Esteban, portavoz del grupo helenista, se le acusa, desde la sinagoga, de «pronunciar blasfemias contra Moisés y contra Dios» (Hch 6, 11), de «hablar contra el Lugar santo y la Ley», de presentar a Jesús de Nazaret como iconoclasta del templo y de la tradición mosaica (Hch 6, 13-14).

Se desata una severa persecución que afecta a los helenistas, no a los miembros de la comunidad aramea. Esteban es sometido a un juicio sumarísimo y ejecutado. Se convierte así en el protomártir de la comunidad creyente helenista, cuyos miembros tienen que huir. En este clima, los creyentes helenistas toman conciencia de que el evangelio no puede quedar encerrado en los estrechos límites de Israel, sino que *debe ser anun-*

ciado también a los paganos. Con esa conciencia universalista salen de las fronteras judías y logran predicar la novedad del evangelio primero en Samaría y, después, en Siria. Según Hechos de los Apóstoles, es Felipe, uno de los líderes de la comunidad de lengua griega, quien «bajó a la ciudad de Samaría y se puso a proclamar allí al Mesías» (Hch 8, 5) con gran éxito. Los creyentes judeo-helenistas de la primera comunidad jerosolimitana constituyen la vanguardia del cristianismo naciente y el punto de partida para el nacimiento de la verdadera comunidad cristiana, a la que se accede y de la que se forma parte sin necesidad de pasar por la circuncisión. Es, quizá, el salto cualitativo por excelencia dado por el movimiento de los seguidores de Jesús. Este ideal se plasma en la comunidad de Antioquía de Siria, cuya importancia es capital, según vamos a ver a continuación.

Comunidad de Jerusalén y comunidad de Antioquía: he aquí los dos primeros y más importantes núcleos del cristianismo naciente, que conforman dos maneras de ser cristianos en dos contextos socioculturales diferentes.

Comunidades paulinas

a) Comunidades urbanas y apertura a los paganos

Quien más y mejor contribuyó a expandir la novedad del evangelio de Cristo, a emancipar el cristianismo de la tradición judía y a fundamentar teológicamente la apertura a los paganos fue *Pablo de Tarso*, que, en su época de fanático estudiante fariseo, había participado en la represión contra los creyentes de la diáspora que vivían en Jerusalén. Él y sus colaboradores son los auténticos fundadores de las comunidades del lado noreste de la cuenca mediterránea, de rasgos urbanos y con características diferentes a las del cristianismo palestinese. A Pablo le debemos la expansión del cristianismo por las ciudades del Imperio, como él mismo indica:

De ese modo, dando la vuelta desde Jerusalén hasta la Iliria, he completado el anuncio de la buena noticia del Mesías, poniendo así además todo mi ahínco en anunciarla donde aún no se había pronunciado (Rom 15, 19-20).

Podemos conocer la vida de estas comunidades a través de Hechos de los Apóstoles y de las cartas auténticas de Pablo (Romanos, 1-2 Corintios, Gálatas, Filemón, 1 Tesalonicenses, Filipenses); éstas son los escritos cristianos más antiguos conocidos. Pablo forma pequeñas comunidades, no macro-iglesias que, a su vez, se expanden por las ciudades cercanas.

El entorno cultural de estas comunidades difiere notablemente del entorno cultural de la comunidad palestina; el de ésta era rural; el de aquéllas, urbano. Más aún, el cristianismo urbano gana terreno al rural, quedando éste restringido al área de Palestina.

La primera comunidad surgida fuera de Palestina y entre los griegos es la de Antioquía, fundada por algunos cristianos de habla griega que tuvieron que abandonar Jerusalén como consecuencia de la persecución a que se vio sometida la comunidad helenista inmigrada de Jerusalén. Antioquía era un importante centro de comunicación comercial, militar y política, una de las principales ciudades del Imperio, lugar de residencia de una sólida comunidad judía y uno de los centros más significativos de la actividad misionera de Pablo.

Antioquía contaba con una colonia judía muy numerosa (se habla de hasta 45.000 judíos), que tenía su propia personalidad jurídica y estaba dirigida por un colegio de ancianos. Dado su alto grado de proselitismo, ejercía bastante influencia en el mundo pagano.

La comunidad de Antioquía es de capital importancia en el cristianismo primitivo porque, según el atinado análisis de R. Aguirre:

- es la primera comunidad surgida fuera del entorno cultural y religioso palestino;
- se incorporan por primera vez los paganos a la comunidad de los seguidores de Jesús, sin necesidad de cumplir las prescripciones judías;
- por primera vez se da a los seguidores de Jesús el nombre de «cristianos»;
- es ahí donde se imprime al cristianismo un carácter misionero.

Las ciudades mediterráneas son las protagonistas de las mutaciones políticas y sociales producidas entre los siglos III a.C. y IV d.C. Meeks subraya así el papel de la ciudad en aquella cultura:

La ciudad... era el lugar donde se podía tomar contacto con la nueva civilización, donde se tropezaba con las novedades. Era el lugar donde podía concentrarse y hasta buscarse el cambio. Era el lugar donde estaba el Imperio y donde empezaba el futuro.

Una de las preguntas a tener en cuenta en torno al nacimiento de las comunidades urbanas del Mediterráneo es la siguiente: ¿por dónde empezaban Pablo y sus colaboradores cuando llegaban a una ciudad?, ¿iban primero a la sinagoga judía o se dirigían antes a los paganos? Según Hechos de los Apóstoles, comenzaban a predicar en la sinagoga a los judíos. Pablo, empero, parece indicar que sus primeros destinatarios eran los paganos:

Y cuando aquel que me escogió desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia se dignó revelarme a su Hijo para que yo lo anunciara a los paganos (Gál 1, 16).

Viendo que se me ha confiado anunciar la buena noticia a los paganos... (Gál 2, 7-9).

Ahora voy a vosotros, los de origen pagano. Yo soy apóstol de los paganos y, como tal, procuro dar publicidad a mi trabajo, a ver si les entra envidia a los de mi raza y salvo a algunos (Rom 11, 13).

Os he escrito para refrescaros la memoria, a veces con bastante atrevimiento. Me da pie el don de Dios, que me hace celebrante del Mesías Jesús para con los paganos; mi función sacra consiste en anunciar la buena noticia de Dios, para que la ofrenda de los paganos, consagrada por el Espíritu Santo, le sea agradable (Rom 15, 15-16).

Los predicadores solían hospedarse en casas particulares: de Lidia en Filipos (Hch 16, 15), de Jasón en Tesalónica (Hch 17, 5-9), de Priscila y Aquila en Corinto (Hch 18, 2-4) o en casas de alquiler. Se dirigían a la gente en los lugares públicos de reunión.

b) Estratificación social

Punto conflictivo es el que se refiere a la procedencia social de los cristianos pertenecientes a las comunidades paulinas. Durante un tiempo se consideró probada la tesis de que Pablo se movió sólo entre las masas analfabetas. Según esto, el cristianismo paulino habría arraigado preferentemente y de manera casi exclusiva entre los marginados. Así pensaba Deissmann. Hoy esta teoría es objeto de múltiples matizaciones y correcti-

vos, y está siendo seriamente cuestionada. Importantes especialistas en la sociología del cristianismo primitivo convienen en que el cristianismo del que estamos ocupándonos no arraigó entre las masas proletarias, sino entre las clases medias. Parece probado que había una fuerte estratificación social. G. Theissen, por ejemplo, ha intentado mostrar que en la comunidad de Corinto había dirigentes que tenían una posición social y económica distinguida. En las comunidades cristianas paulinas se daba una estratificación social acorde con la existente en la sociedad, como también se daba una fuerte conflictividad entre personas pertenecientes a clases sociales diferentes.

No parece que existieran personas pertenecientes a los extremos de los estratos sociales de entonces: el superior y el inferior de la escala social greco-latina. No puede probarse fundadamente la existencia de aristócratas, como tampoco la de personas paupérrimas. De lo que sí hay constancia es de que había cristianos y cristianas de posición social media. «El cristiano típico —asevera Meeks— es el artesano libre o el pequeño comerciante». En suma, y de nuevo en palabras del mismo autor, «una comunidad paulina reflejaba generalmente una sección transversal de la sociedad urbana». Barbaglio matiza el punto de vista precedente e indica que había una mayoría humilde y poco culta y una minoría de la clase media o media-alta. Así parece deducirse del propio testimonio de Pablo:

Fijáos a quiénes os llamó Dios: no a muchos intelectuales, ni a muchos poderosos, ni a muchos de buena familia; todo lo contrario: lo necio del mundo se lo escogió para humillar a los sabios; y lo débil del mundo lo escogió Dios para humillar a lo fuerte; y lo plebeyo del mundo, lo despreciado, se lo escogió Dios: lo que no existe, para anular a lo que existe, de modo que ningún mortal pueda engallarse ante Dios (1 Cor 1, 26-29).

Lo que sucedía era que el grupo de mejor posición social era, o quería ser, el más influyente y el más propenso a dominar al resto. Ello dificultaba la convivencia y daba lugar a tensiones y conflictos dentro de la comunidad. Motivo de conflicto era, asimismo, la presencia de mujeres que asumían responsabilidades, habida cuenta de que, según el testimonio de Flavio Josefo —que recoge el sentir judío de entonces— «(la ley) dice que la mujer es inferior al hombre en todo».

c) Fe, celebración y ágape

La vida interna de la comunidad se sustentaba en la fe, el culto y el ágape. La *fe* consistía en la adhesión al mensaje de Jesús expresado en formulaciones breves, cuyo núcleo central era la fe en la muerte y resurrección de Jesús de Nazaret. El *bautismo* era el rito fundamental de incorporación a la comunidad cristiana; por él se participaba en la muerte y resurrección de Jesús. La *cena del Señor* se celebraba el primer día de la semana, día de la resurrección, en casas particulares. La comunidad de Efeso se reunía en casa de Aquila y Prisca; la de Colosas en casa de Filemón; la de Laodicea en casa de Ninfa; la de Corinto en casa de Esteban. Generalmente eran casas espaciales pertenecientes a cristianos de buena posición económica.

El centro de la celebración era el momento de compartir el pan y el vino (cf. 1 Cor 11, 23-25). El clima era muy participativo. Buena prueba de dicho clima es el testimonio que nos ofrece el propio Pablo de la comunidad de Corinto, donde se daba rienda suelta a las más variadas manifestaciones carismáticas y donde intervenían las mujeres.

Antes de la cena del Señor se celebraba una comida de todos, pobres y ricos, hombres y mujeres, libres y esclavos. Pero la discriminación de los pobres era notoria. Con ello, argumenta Pablo, se desvirtuaba gravemente la cena del Señor. La comunión con Cristo en la cena del Señor debe ir acompañada de gestos de solidaridad como es el compartir. La comida compartida es, para el Apóstol, signo de fraternidad.

d) ¿Jefes en las comunidades paulinas?

¿Había jefes en las comunidades de origen paulino? Klaiber parece tener razón al afirmar que Pablo no tuvo interés en dar a las comunidades una organización jerárquica concreta. A diferencia de las comunidades judías locales o de la comunidad cristiana palestina, no puede hablarse propiamente de la existencia de jefes o de consejos de ancianos. La organización descansaba en dos criterios: la participación de todos y el liderazgo de quienes destacaban por su dedicación y entrega y por sus cualidades. Eran éstos los que ejercían funciones de presidencia, pero no por un poder especial del que fuera investido, sino por su capacidad de servicio.

Bien puede hablarse de una *estructura democrática* en las

comunidades paulinas, al armonizarse la corresponsabilidad de todos con la iniciativa de los líderes.

La relación de las comunidades con el mundo exterior y su influencia en él son cuestiones difíciles de precisar. Habida cuenta de que el número de cristianos era muy pequeño y las ciudades donde moraban estaban muy pobladas, la incidencia de aquéllos en éstas no podía ser muy significativa. He aquí un ejemplo: la comunidad de Corinto tenía alrededor de 100 miembros, mientras que la ciudad contaba con más de 500.000 habitantes.

Un dato importante a tener en cuenta es el elevado índice de *asociacionismo* que se daba en el mundo greco-romano. Eran frecuentes las asociaciones de todo tipo: religiosas, de actores de teatro, de deportistas, etc.

Las comunidades paulinas eran de *mayoría pagana*. Ello llevaba a plantear su relación con el judaísmo. Esas comunidades se veían libres de las rígidas observancias judías y, animadas por la predicación de Pablo, vivían bajo el signo de la libertad de Cristo Jesús. Concretamente en la comunidad de Antioquía, emancipada de la ley, se filtró un grupo de intrusos, a quienes Pablo llama «falsos hermanos advenedizos». Aunque entraron en la comunidad con fines aparentemente benévolos y conciliadores, su verdadera intención era destruir solapadamente la libertad en Cristo, de la que disfrutaba la comunidad, introduciendo de nuevo un sistema de esclavitud.

Los intrusos apoyaban su modo de proceder en un doble supuesto: el haber sido enviados allí por los «respetados» de Jerusalén, verdaderos pilares de esa comunidad, y el que la autoridad apostólica de los de Jerusalén era de mayor rango que la de Pablo. Éste entra en conflicto con los intrusos, sin ceder a sus estrategias de confusión, porque lo que estaba en juego era la libertad y la libertad del evangelio. Sigue evangelizando entre los gentiles sin imponerles las costumbres judías. Cuando están en juego la verdad y la libertad del evangelio, no son posibles concesiones.

Precisamente porque está en juego la «verdad del evangelio» (Gál 2, 14), Pablo se enfrenta *abiertamente* con Pedro, quien, durante su estancia en Antioquía, participaba con toda naturalidad en las comidas de los gentiles convertidos al cristianismo, sin atender a las prescripciones judías referentes a los alimentos. Sin embargo, cuando llegaron a la comunidad de Antioquía «ciertos individuos de parte de Santiago» (Gál 2, 12), dejó de frecuentar dichas comidas y, con su conducta, arrastró a otros miembros de la comunidad a hacer lo mismo.

Si Cristo nos ha liberado de las ataduras de la ley, razona Pablo en la polémica, el único camino es el de la fe y la libertad que de ella emana.

Se da gran importancia a los carismas (cf. listas 1 Cor 12, 28; Rom 12, 6-8). Lo esencial en la Iglesia es el *Espíritu*, que no es monopolizable ni manipulable por institución o cargo eclesiástico alguno. Todos los cristianos reciben el don del Espíritu, y ahí se funda la igualdad. La institucionalización de la Iglesia no puede —no debe, mejor— neutralizar o paralizar la dimensión espiritual de la comunidad. En las comunidades paulinas no se establece distinción entre carismáticos y no carismáticos; todos son portadores del carisma recibido gratuitamente de Dios. Los carismas son el núcleo fundamental de la comunidad. En el tema siguiente habrá un desarrollo más amplio de los carismas en las comunidades paulinas.

Dos modelos en tensión: Jerusalén y comunidades paulinas

Resumiendo, la comunidad de Jerusalén y las comunidades paulinas responden a modelos diferentes que se respetan, si bien la relación entre ambos modelos no resulta fácil.

Las comunidades paulinas son carismáticas y apenas tienen elementos institucionales; en la comunidad de Jerusalén, sin embargo, hay una forma de gobierno perfectamente estructurada que responde, en buena medida, al consejo de ancianos judío (cf. Hch 11, 30; 15, 6).

Las comunidades paulinas acogían a los paganos sin que tuvieran que pasar por las prescripciones judías; la de Jerusalén era más rígida al respecto y siguió exigiendo la práctica de la circuncisión.

Las comunidades paulinas tenían una acusada conciencia misionera, que las llevaba a anunciar y expandir el mensaje de salvación a los diferentes pueblos y culturas; la comunidad de Jerusalén tenía conciencia de representar al Israel escatológico; Israel seguía siendo, para ella, el centro de peregrinación de los pueblos.

Las comunidades paulinas se sentían libres de la ley y eran poco afectas a la sinagoga; la comunidad de Jerusalén seguía vinculada a la ley, al templo y a la sinagoga.

Las comunidades paulinas estaban formadas preferentemente por judíos helenistas y gentiles; la composición religiosa

y cultural de la comunidad de Jerusalén difería de aquéllas: predominaban los judeo-creyentes de cultura semita y había algunos helenistas.

Las comunidades paulinas gozaban de una situación económica bastante desahogada, mientras que la comunidad de Jerusalén vivía en un estado muy precario y necesitaba de la ayuda económica de otras comunidades.

*Comunidades según Lucas y Hechos de los Apóstoles:
Espíritu e institución*

El modelo de las comunidades según Lucas y Hechos de los Apóstoles se sitúa dentro de la tradición paulina, aunque con importantes correctivos. La figura de Pablo aparece como misionero y testigo, más que como autoridad doctrinal. La intención de Lucas es presentar el cristianismo en continuidad lógica y legítima con el judaísmo. Se establece, asimismo, una continuidad entre Jesús y los comienzos de la Iglesia. Llega a ponerse al mismo nivel el anuncio del reino hecho por Jesús que el anuncio de Jesús hecho por Pablo. La Iglesia se considera necesaria hasta el advenimiento del reino de Dios. En otras palabras, la comunidad tiene conciencia del carácter histórico-salvífico de la Iglesia, que ha de perseverar y ser fiel al Jesús histórico. Se concede gran importancia a los «doce» como testigos fidedignos del Jesús histórico.

La respuesta que se propone frente a las herejías y frente a las crisis eclesiales es la *institucionalización* de la Iglesia. Hechos de los Apóstoles es, precisamente, una descripción del tiempo de la Iglesia, que posee, como acabamos de decir, sentido salvífico. Con todo, no se contraponen los carismas a la institución eclesial. Ésta se vincula con la actividad del Espíritu. Apenas quedan huellas de la escatología cercana, consistente en la espera de la llegada inminente del reino de Dios, que aparecía en las cartas paulinas.

*Comunidades del «discípulo amado»:
relativización de la institución*

El modelo de comunidad cristiana del cuarto evangelio es uno de los más atractivos del Nuevo Testamento, sobre todo en los

movimientos carismáticos. A su vez sobre él no cesan de plantearse interrogantes y problemas cruciales: ¿eran las comunidades del círculo del «discípulo amado» sectas?, ¿diferían sensiblemente de las otras comunidades?, ¿eran antisacramentales y antiinstitucionales?

Los exegetas y teólogos protestantes han visto en los escritos atribuidos a Juan la primera y más clara denuncia de la incipiente absolutización de las estructuras eclesiales. Entre los argumentos que alegan en favor de este punto de vista están éstos: la centralidad que ocupa Jesús, y no la Iglesia; el acentuado igualitarismo que recorre estos escritos; la importancia concedida al Espíritu («Paráclito»); la ausencia de menciones a la institución de los sacramentos; la exaltación de la fraternidad cristiana. Estaríamos ante un grupo cristiano marginal y heterodoxo.

Es posible que tal planteamiento cargue las tintas en los aspectos antiinstitucionales y que no se destaquen otros aspectos igualmente importantes. Pero desvela una parte de verdad nada desdeñable.

Efectivamente, los escritos de Juan ponen el énfasis en la relación del cristiano individual con Cristo. Pero no caen en el individualismo; hay un presupuesto comunitario. No hay referencia a cargos o ministerios dentro de la comunidad. Lo que se acentúa es la igualdad.

No aparece el término «apóstol»; la figura por excelencia es un discípulo: «el discípulo que Jesús amaba». Esto choca con la importancia dada en otros escritos del Nuevo Testamento a los apóstoles. Un ejemplo entre muchos: el carisma del apostolado aparece el primero en las listas paulinas (1 Cor 12, 28; Ef 2, 20; 4, 11).

R. Brown distingue cuatro fases en la vida de la comunidad del círculo de Juan. La primera son los orígenes. La comunidad entra en conflicto con el judaísmo y es expulsada de la sinagoga. Estaba formada por dos grupos: uno, de judíos con concepciones mesiánicas propias de ese entorno religioso, y otro, de judíos contrarios al templo y cercanos a los samaritanos, a algunos de los cuales convirtieron. Más tarde quizá entrara en la comunidad un grupo de gentiles.

La segunda fase se corresponde con el tiempo de redacción del Cuarto evangelio. La comunidad tiene un profundo sentido de familia, de comunión grupal. El nuevo y principal mandamiento es «que os améis unos a otros» (Jn 13, 34; 15, 12). Se

establece una contraposición simbólica entre luz y tinieblas, que apunta al dualismo creyentes/no-creyentes. El grupo posee una fuerte cohesión interna y una gran resistencia hacia el exterior, incluso hacia grupos del entorno cristiano. Objeto de crítica severa son los judíos que mostraban una actitud favorable a Jesús, pero no se atrevían a hacerla pública por miedo a ser excluidos de la sinagoga. No parece que la comunidad de Juan tuviera mucha simpatía hacia el grupo de Pedro y de algunos de los «doce», es decir, hacia los cristianos «apostólicos». La comunidad, sin embargo, no cae en el sectarismo, no es rupturista ni exclusivista; mantenía la comunión (*koinonía* en el amor) con otros grupos cristianos; buscaban la unidad: «Que sean todos uno» (Jn 17, 20).

La tercera fase se corresponde con la redacción de las tres cartas atribuidas a Juan. Las comunidades joánicas vivían en diferencias; incluso en cada población o ciudad podía haber varios grupos. Se producen luchas entre las iglesias de Juan. Hay un grupo de secesionistas que no coincide con el autor de las cartas en la interpretación del cristianismo según la versión del Cuarto evangelio. Los puntos de desacuerdo giran en torno a la cristología, la ética, la escatología, la concepción del Espíritu, etc.

La cuarta etapa es la de la disolución de la comunidad, que tiene lugar después de las cartas. Una parte de ella, la vinculada al autor de las cartas, es absorbida por la gran Iglesia; la otra, secesionista, pasa al movimiento gnóstico.

Hay una relativización de la institución en un momento en que se reforzaba su importancia. Se da prioridad a la presencia viva de Jesús en el cristiano a través del Espíritu.

*El modelo de las Cartas Pastorales:
la organización por encima de todo*

Se conoce con el nombre de «Cartas Pastorales» a dos escritos dirigidos a Timoteo (1-2 Tim) y a un escrito dirigido a Tito (Tit), ambos pertenecientes al canon del Nuevo Testamento. Estos tres escritos se mueven en una óptica similar, muestran gran afinidad de estilo, vocabulario, ambiente, proponen una misma imagen de Iglesia y abordan similares problemas. No se dirigen, como es normal en el epistolario paulino, a comunidades, sino a personas concretas, a «pastores» que están al frente

de las comunidades. Aunque tradicionalmente la autoría de estas cartas se ha atribuido a Pablo, todo hace pensar que fueron escritas después de la muerte del apóstol. Se utiliza la autoridad paulina para dar más valor al mensaje que se pretende transmitir.

Estamos en la era posterior a los apóstoles y los problemas que afectan a la Iglesia son nuevos. Las comunidades poseen un elevado grado de organización, que tiene su base en los que ejercen los cargos directivos. Se habla de *dirigentes* (*episkopoi*), de *responsables* (*presbyteroi*) y de *auxiliares* (*diakonoi*). No hay una preocupación misionera, sino pastoral, disciplinar y organizativa. El interés se centra en la estructura de la Iglesia. ¿Por qué? Por el peligro de que las comunidades locales fundadas por Pablo, que carecían de autoridades locales, se desintegraran. De ahí que se den instrucciones muy precisas sobre la organización de la Iglesia para prevenir su previsible desagregación. Se manda nombrar «responsables en cada ciudad» (Tit 1, 5), con las siguientes funciones:

— Ser maestros oficiales de la comunidad, encargados de enseñar la recta doctrina, que era la recibida de Pablo, y de defenderla frente a los que la deformaban. El responsable —leemos en la carta a Tito— «debe ser adicto a la doctrina auténtica; así será capaz de predicar una enseñanza sana y de rebatir a los adversarios» (Tit 1, 9; cf. Tit 2, 1);

— Ser buenos administradores de la comunidad. Los responsables deben comportarse y actuar como padres que administran la casa y velan por la estabilidad de la familia.

El ejercicio de las referidas funciones debe acompañarse de una *conducta irreprochable*. Entre las virtudes exigidas a los responsables se encuentran: la integridad, la ausencia de arrogancia, el no apego a las riquezas, no darse al vino, tener buena fama, no pendenciero, sensato, fidelidad conyugal, hospitalidad, buen pedagogo, sensatez y equilibrio, comprensión, ser pacífico, no ser recién convertido, hacerse obedecer de sus hijos, ser disciplinado, tener hijos creyentes, no estar casados en segundas nupcias (cf. 1 Tim 3, 1-7; Tit 1, 6).

Del listado de virtudes expuesto parece deducirse que la imagen de los responsables de las comunidades era la de funcionarios al servicio de la institución eclesiástica, más que la de líderes dinámicos que animaran la vida de la comunidad. La

profecía está ausente y el Espíritu no juega ningún papel en la vida de estas comunidades.

Las mujeres quedan muy mal paradas en las cartas pastorales. Se habla de «mujerzuelas cargadas de pecados, zarandeadas por múltiples caprichos, que están siempre aprendiendo, pero no son capaces de llegar a conocer la verdad» (2 Tim 3, 6-7). Se les prohíbe enseñar, estar por encima del varón o tener actividad: «A la mujer no le consiento enseñar ni imponerse a los hombres; le corresponde estar quieta» (1 Tim 2, 12). Su salvación le vendrá por el ejercicio de la maternidad (1 Tim 2, 15). Aquí se inicia el proceso de patriarcalización de las estructuras de la Iglesia.

En síntesis, estas comunidades enfatizan el aspecto institucional de la Iglesia y descuidan el carismático; se muestran más preocupadas por una administración eficaz que por la evangelización; velan celosamente porque se elija para los cargos directivos (dirigentes, responsables, auxiliares) a personas por encima de toda sospecha. Y, quizá lo más importante, hay un cuidado especial por preservar la sana doctrina. Este clima tan ordenancista y rígido dificultaba notablemente la flexibilidad organizativa y la creatividad teológica. He aquí a este respecto el atinado y fiable testimonio del especialista en las cartas pastorales R. Brown:

Encontramos en las pastorales los antecedentes de la teología en depósito, y desarrollos eclesiásticos como el de la elección de profesores, *imprimatur*, índice de libros y supervisión de la prensa eclesial.

Un tapiz eclesial multicolor

Sin caer en traslaciones mecánicas de entonces a nuestros días, bien puede afirmarse que el clima ordenancista citado de las pastorales se parece mucho a la situación actual de la Iglesia católica. Da toda la impresión de que la Iglesia tiene su base en el modelo eclesial de las pastorales y hace tabla rasa de los otros modelos neotestamentarios. Es verdad que no podemos subestimar el citado modelo, pero tampoco sobreestimarlo. Como sugeríamos al principio, es necesario tener en cuenta los diferentes modelos en toda su riqueza y complejidad y con todas sus contradicciones. Sólo así se logrará tejer el policromado tapiz eclesial, nunca acabado y siempre perfectible, en tensión

hacia la utopía de la fraternidad cristiana vivida desde la igualdad en la fe y la diferencia cultural.

Hay que valorar positivamente el esfuerzo de convivencia de los diferentes modelos comunitarios del cristianismo primitivo sin anatemas ni exclusiones, pero no por ello exento de tensiones y conflictos, incluso de radicalismos. Por encima de todo, primó el diálogo y el respeto a las diferentes experiencias eclesiales, como se pone de manifiesto en la asamblea —mal llamada «concilio»— de Jerusalén entre diferentes concepciones del cristianismo. En ese encuentro se acuerda no exigir la circuncisión a los gentiles que quieran convertirse a la fe cristiana. De esa manera se da *legitimidad* al modelo comunitario de Antioquía, que no exigía la circuncisión a los cristianos procedentes del paganismo y se había distanciado notablemente del judaísmo. Estamos, según el especialista neotestamentario Roloff, ante «el acontecimiento más importante de toda la historia primitiva». Asimismo, se acuerda continuar con la práctica de la circuncisión en las comunidades cristianas de tradición judía.

El clima de pluralismo cultural y religioso se plasmó en un amplio pluralismo comunitario.